

MARCO PALACIOS, *El café en Colombia 1850-1970. Una historia económica, social y política*, 4ª edición corregida y actualizada, México, El Colegio de México, 2009, 575 pp. ISBN 978-607-462-006-1

Esta nueva edición del conocido libro del historiador Marco Palacios se publica 30 años después de la primera edición en español (Editorial Presencia). En 2002 también se publicó una reimpresión de la edición en inglés publicada por Cambridge University Press en 1980.

Que un libro académico, riguroso, extenso y complejo, haya circulado durante 30 años, y cuente con cuatro ediciones en español y dos en inglés, muestra la excepcional recepción del trabajo de Marco Palacios no sólo en círculos académicos colombianos y latinoamericanos sino europeos y norteamericanos.

Como lo advierte el autor en el prólogo a esta edición, hizo correcciones y modificaciones formales, e incluyó nuevos análisis relacionados con la historia del café en Colombia y sus conexiones con la historia cafetera mundial. De las modificaciones hechas en la 4ª edición llama la atención que Palacios haya suprimido su perspicaz análisis de los conflictos agrarios en las regiones cafeteras de Cundinamarca y Tolima, bajo la consideración de que este tema “mete ruido en una historia cafetera de Colombia” y que además merece un estudio independiente sobre el cual anuncia una próxima publicación.¹ Sobresale, por otra parte, una “síntesis interpretativa” de la historia mundial del café, estructurada en cuatro etapas o periodos, que le permite a Palacios situar, geográfica e históricamente, el café colombiano y mostrar sus singularidades en el ámbito internacional. Aunque a lo largo del texto es evidente la articulación de los factores internos y externos en

¹ La 3ª edición de *El café en Colombia* contiene dos capítulos sobre los conflictos agrarios en las haciendas cafeteras de Cundinamarca y Tolima (capítulos 14 y 15).

la dinámica cafetera colombiana, este capítulo, que da comienzo a la exposición, brinda al lector una rica y documentada interpretación de la historia del grano y de la inserción de la caficultura colombiana en la economía mundial.

De conformidad con el propósito enunciado por Palacios en la primera edición de *El café en Colombia*, esta obra examina en detalle las transformaciones que la producción y exportación del café produjeron en las estructuras productivas y sociales, en los “balances regionales” y en los mecanismos del poder estatal en Colombia. De ahí el título complementario: “Una historia económica, social y política [de Colombia], en el periodo decisivo en la economía y la sociedad colombianas” (Título que parece evocar la idea de *historia total* de la Escuela de los Anales).

Aparte del análisis económico y técnico de la caficultura, Palacios analiza el sistema de haciendas, las economías campesinas y los distintos regímenes agrarios, todo lo cual ilumina la diversidad y complejidad del mundo rural colombiano. Desde el punto de vista sociológico resulta especialmente interesante la caracterización de los hacendados y empresarios cafeteros, la mayoría de los cuales, según Palacios, no eran latifundistas tradicionales convertidos en cafeteros, sino comerciantes urbanos que sin abandonar sus negocios incursionaron en la producción y comercialización del café.

De la complejidad de las economías cafeteras y de las relaciones sociales y políticas a que éstas dan lugar, da cuenta esta hipótesis: “La expansión del cultivo y el comercio del café produjo [en Colombia] no una sino varias sociedades, paisajes, sistemas mercantiles y crediticios, regímenes agrarios, tipos de hacienda cafetera y de campesinado, es decir un mosaico con distintos ritmos”. Documentada y desarrollada ampliamente a lo largo del texto, esta idea contrasta con visiones simplistas de la estructura agraria colombiana como aquella del sistema latifundio-minifundio, o la contraposición entre regímenes agrarios tradicionales y capitalistas.

Respecto del mundo rural colombiano, considero particularmente interesante, y polémica, la comparación hecha por Palacios de las dos colonizaciones cafeteras más importantes del país —la de la región bogotana de la cordillera oriental y la antioqueña—. También lo es su hipótesis sobre el crucial papel del café en la sociedad colombiana del siglo xx: “En torno al café se establecieron reglas del juego, estilos de razonamiento que facilitaron a líderes políticos y a hombres de negocios tramitar un proyecto nacional pragmático de modernización capitalista” en el cual se intentó una síntesis de arcaísmo y modernidad, o de tradición y modernidad, que se mantiene incluso hoy día.

No menos sugerente es la interpretación de las relaciones entre el café y la política, cuyo análisis abarca desde el proyecto centralizador de Núñez hasta la declinación del poder de la Federación Nacional de Cafeteros a finales del siglo xx, e incluye agudas observaciones sobre las estructuras y las prácticas políticas locales, el patriotismo municipal, la violencia de los años cincuenta y la transformación de movimientos campesinos legalistas (como el de la región de Sumapaz) en organizaciones revolucionarias armadas.

En relación con la historiografía económica colombiana de los años setenta y ochenta, esta obra se aparta de los modelos imperantes en ese entonces (el marxismo, la teoría de la dependencia de la CEPAL y la denominada Nueva Historia Económica). Por el contrario, sobresale por su enfoque heterodoxo y el cuestionamiento de tesis consagradas como la del carácter democrático de la colonización antioqueña, o la del binomio latifundio-minifundio. También es notable la combinación de fuentes documentales muy diversas y la reelaboración de las escasas y débiles estadísticas colombianas sobre cuestiones clave como la distribución de la propiedad agraria, el tamaño de los cafetales, la diversificación de cultivos, los ingresos y salarios, etcétera.

Otra cualidad del trabajo de Palacios es su alcance interpretativo, basado no sólo en su capacidad de análisis, sino también en

una exhaustiva y rigurosa indagación de fuentes primarias, y en su conocimiento de teorías económicas y sociológicas que han sido un punto de referencia fundamental en temas relacionados con las economías agrario-exportadoras y las sociedades campesinas, entre otros. En contraste con otros estudios económicos de la época, que dan prelación o a la economía doméstica o a la economía exportadora, Palacios logra hacer una historia integral del café, en la que pone de relieve las singularidades de la caficultura colombiana en el contexto mundial.

De las paradojas de esta historia, que Palacios expone, vale la pena mencionar el bajo nivel de vida y la pobreza de los caficultores colombianos, no obstante que sus economías han sido el principal soporte de la producción cafetera nacional. Esta paradoja ya había sido advertida por Antonio García en su estudio pionero sobre la colonización antioqueña y la pequeña caficultura del antiguo Caldas.² Respecto a este estudio, Palacios amplía y profundiza el análisis de dos temas que habían sido abordados por García: por una parte, la fragmentación de la propiedad rural, y por otra, la tendencia, aunque lenta, a la especialización de las fincas campesinas más pequeñas en el cultivo de café, tendencia que García deplora por su impacto negativo en el nivel de vida de los campesinos y que, según Palacios, ha dado lugar a la proletarianización campesina y a un “capitalismo agrario sin capitalistas”.

En el último capítulo de la nueva edición, Palacios examina las consecuencias de la crisis cafetera de mediados de los años cincuenta y los efectos de los programas modernizadores impulsados por el Estado colombiano y la Federación Nacional de Cafeteros. También analiza tres tendencias en el cambio social de la segunda mitad del siglo xx. En primer lugar, la disminu-

² La primera edición de la *Geografía económica de Caldas* fue publicada en 1937 por la Contraloría General de la República de Colombia. La segunda la publicó, en 1978, el Banco de la República.

ción del peso relativo de las pequeñas fincas familiares en zonas de tierras fértiles donde unidades capitalistas emplean nuevas tecnologías; cambio que al parecer ha provocado una movilidad hacia abajo de la mayoría de los pequeños caficultores. Advierte, en segundo lugar, que mientras en los departamentos marginales hay una mayor estabilidad de los caficultores campesinos, en los departamentos en vías de modernización se produce la marginación de los pequeños productores. Se refiere, por último, a la emergencia, en los departamentos modernos, de una nueva clase de caficultores ricos y profesionales, algunos de los cuales han modernizado fincas tradicionales.

La perspectiva futura, según Palacios, es el predominio de la unidad moderna o de un “capitalismo agrario sin capitalistas”, esto es, capitalismo con base en un proletariado con tierra.

La conclusión general de este capítulo confirma la vitalidad y capacidad de resistencia de los caficultores campesinos: “El fin de la larga era de precios políticos del café en el mercado internacional hizo que emergieran nuevamente las unidades campesinas como las mejor preparadas para enfrentar las condiciones adversas del mercado internacional, particularmente durante la fuerte depresión de la década de 1990 y comienzos del siglo XXI. El fin del mercado regulado trajo un cambio sustancial en la economía política del país y aminoró a la otrora todopoderosa Federación Nacional de Cafeteros”.

No sin reconocer algunas falencias de su trabajo (por ejemplo, no estudiar qué sectores se beneficiaron del ingreso cafetero y en qué proporción; y no hacer un análisis sistemático desde el punto de vista del poder), Palacios sugiere tres importantes temas de investigación. Primero, develar los mitos sobre la economía cafetera, no sólo el del próspero y sonriente Juan Valdés, sino el de la economía cafetera regida exclusivamente por las reglas del cultivo de exportación. Segundo, estudiar la agricultura alimentaria, lo cual permitiría calcular el autoconsumo y la producción para el

mercado, establecer una serie de precios y mostrar la complementariedad del cultivo de alimentos con la caficultora. Y por último, estudiar el progresivo debilitamiento de las sociedades campesinas, el cual se hace evidente en el censo cafetero de 1970.

No hay duda de que *El café en Colombia* es un punto de referencia fundamental para el conocimiento y la comprensión de la economía, la sociedad, la cultura y la política colombianas.³ También es una notable contribución a la historia económica y social del café.

Rocío Londoño Botero

Universidad Nacional de Colombia

JOHANNA LOZOYA, *Ciudades sitiadas. Cien años a través de una metáfora arquitectónica*, México, Tusquets, 2010, 200 pp. ISBN 978-60-74-211-795

“Si América se ha identificado europea, ¿Europa la ha considerado como tal?”, esta pregunta que expresamente se hace la autora ya casi al final del libro es la que ronda por todo él. Johanna Lozoya ha escrito un libro sobre ciudades que nada tiene que ver con la literatura habitual que se etiqueta bajo ese epígrafe. Definirlo con exactitud requiere de una circunlocución que aluda a la historia de

³ Curiosamente esta obra no tuvo el debido reconocimiento en algunos escritos sobre la historiografía colombiana. Por ejemplo, Jesús Antonio Bejarano no hace referencia alguna al texto de Palacios en su *Historia económica y desarrollo. La historiografía económica sobre los siglos XIX y XX en Colombia*, Cerec, 1994. Tampoco hay referencias en “La cliometría en Colombia: una revolución ininterrumpida, 1971-1999” de Adolfo Meisel. Y aunque Jorge Orlando Melo incluye *El café en Colombia* en la lista de textos que “deben leerse” para comprender la economía y la sociedad colombianas del siglo XX, no lo menciona en su análisis de la historiografía colombiana de la segunda mitad del siglo XX.